



CAMPAGNA, FEDERICO (2018). *TECHNIC AND MAGIC, THE RECONSTRUCTION OF REALITY*.  
BLOOMSBURY ACADEMIC



## MANUAL DE MAGIA PARA OPOSICIONES

1.- «*Yo sólo creo en la Ciencia*». He aquí la consigna de moda para quedar bien hoy en una tertulia televisiva, en una cena familiar, en una discusión laboral. Detrás de tan petulante majadería no se esconde, como pudiera parecer, el legítimo y necesario amor por el conocimiento ni la defensa del estudio, la sensatez, la competencia y la razón, sino tan sólo un gregario acatamiento del pensamiento imperante, diseñado para impedir el más mínimo debate real dentro de la sociedad inhumana en la que se nos está obligando a vivir. Gente que no sabe qué es la tabla periódica ni ha oído hablar de las leyes de la termodinámica se dedica, en sus redes sociales, en sus conversaciones privadas y públicas, ¡en los grandes medios!, al histérico proselitismo de esa «ciencia» que además identifica sistemática y erróneamente con la fanfarria tecnológica y, de paso, con la «racionalidad». Como en el final de *Divinas palabras*, estos individuos se inclinan ante un lenguaje que les apabulla precisamente porque no lo entienden y temen verse excluidos. Su respuesta no es más que un batiburrillo de ignorancia, miedo y fe, que pasa por alto el hecho capital de que la ciencia no está ahí para aplaudirse a sí misma ni para establecer capillitas, sino para cumplir con su propia etimología: *scire*, esto es, *saber*.

No es, históricamente, la primera vez que sucede algo así. Los mismos psicópatas que establecieron el Terror en la Francia revolucionaria impusieron, al mismo tiempo, el Culto de la Razón, acatado irracionalmente por aquella chusma furiosa. Esta conversión de la razón en religión es el resultado paradójico de separar y enemistar el conocimiento científico y el pensamiento trascendente, lo cual no es sólo una

barbaridad sino sobre todo una falsedad. Porque pese a lo que se enseña hoy en día, ciencia y trascendencia han estado siempre muy cerca. Recuérdese, por ejemplo, que la Royal Society, la primera academia de ciencias británica, fue fundada por un grupo de gente que se dedicaba a la alquimia, y que la Iglesia no sólo *no* ha sido enemiga del pensamiento científico (como se nos vende ahora, por ejemplo a través de la burda simplificación del caso Galileo) sino que ha sido una de sus principales promotoras. En fin, Descartes, padre del racionalismo y del pensamiento científico moderno, formuló su método a partir de una sucesión de sueños místicos que le había anunciado el «espíritu» -o, según otros, el «ángel»- de la Verdad. Al levantarse de aquella noche misteriosa su primera acción fue rezarle a la Virgen y prometerle una peregrinación...

2.- Como escribió Rabelais en un pasaje célebre de *Pantagruel*, «la ciencia sin conciencia es la ruina del alma», y por eso cuando se fuerza la separación entre ambas visiones del mundo se consigue un engendro como el de los revolucionarios de 1789, que sembraron sus grotescas celebraciones del Culto de la Razón con guiños a las religiones egipcias o al pitagorismo, demostración de la descomunal incoherencia intelectual que caracterizaba a aquella horda. Como nos recuerda la ciencia (la de verdad) a través de la tercera ley de Newton, «Actioni contrariam semper et æqualem esse reactionem»: toda acción tiene una reacción igual y opuesta. Y por eso, obedeciendo al movimiento pendular, cada ciclo de adoración ciega de la razón lleva consigo, como reacción y complemento, el germen de otro impregnado de los elementos más superficiales de lo «mágico». Si bien tendemos a identificar el siglo XVIII con la Ilustración y el Enciclopedismo, lo cierto es que se trata también del periodo en el que se ponen de moda las sectas masónicas y los Iluminados de Baviera y se popularizan personajes tan equívocos como Cagliostro o Saint Germain. Y lo mismo sucede ahora; en pleno siglo XXI, vemos cómo el péndulo oscila convulsivamente entre la religión científicista (esto es, una ciencia que no es ciencia y que no se aprende ni se entiende, pero se venera) y la reverencia por la «espiritualidad» (es decir, una trascendencia exótica que ni siquiera hace falta entender ni aprender porque tampoco obliga a nada), creyendo que esas dos idolatrías son las únicas perspectivas en las que puede uno instalarse legítimamente. Pero no nos dejemos engañar: una táctica clásica del poder es la de crear su propio contrapoder para construir el espejismo de que existe «libertad de elegir», mientras mantiene ambos polos bajo control. Precisamente ciencia

y magia, las de verdad, sirven, ambas, para combatir la ignorancia y refutar este tipo de falacias.

3.— La naturaleza de la actual reacción pendular queda reflejada en el hecho de que es ahora el mundo académico (encarnación oficial moderna de la «ciencia» y de la «razón») el que parece haberse entusiasmado, de la mañana a la noche, por un universo que, hasta hace muy poco, despreciaba abiertamente. Por decirlo así, lo «mágico» tiene por fin el *placet* de la academia como tema para tesis. Se encuentra uno con títulos como *Hacia un nuevo comparativismo en el estudio del esoterismo*, *Lo esotérico en la posmodernidad*, o *Esoterismo occidental: hacia un modelo integrado de interpretación*<sup>1</sup>, que son publicaciones reales aunque parecen formuladas por algún personaje de John Cleese.

Por supuesto, no es la primera vez que «lo mágico» se cuele en este ámbito. Piensa uno en investigadores importantes como Frances Yates, Ioan Culianu o E. M. Butler. Pero convengamos en que tan valiosos autores han estado siempre en los márgenes. Culianu se movía en el ámbito impreciso de la Historia de las Religiones y la propia entrada española de la Wikipedia habla de la posición académica de Yates como «*discreta y marginal*». Por lo demás, que tanto Yates como Butler fueran mujeres en un mundo dominado entonces casi exclusivamente por la mirada masculina es más que significativo. Por otra parte, obras como *Giordano Bruno y la Tradición Hermética*, *Eros y magia en el Renacimiento*, o *El mito del Mago* son de una gran honestidad intelectual: llegan hasta donde pueden llegar sin pretender ser lo que no son, manejan los datos con limpieza y precisión, y, *last but no least*, se leen con gusto, interés y claridad. Uno puede estar de acuerdo o no con lo que se expone allí, puede interesarle o no, pero lo *entiende*, y entiende dónde se pretende ir a parar con aquello.

La actual moda de lo mágico-académico es otra cosa. Del mismo modo que hace unos años las humanidades posmodernas descubrieron el lenguaje de la física y se pusieron a saquearlo sin ton ni son, convirtiéndolo en pura cháchara (recuérdese el «escándalo Sokal»), ahora han encontrado un filón en lo «esotérico». Al fin y al cabo, la norma no escrita del academicismo posmoderno consiste en que cuanto más abstruso sea uno mejor cimenta su prestigio intelectual. ¿Y qué hay mejor que la retórica mágica para eso?

Entiéndase que al decir «académico» no nos referimos exclusivamente a cuanto sale de la universidad, sino también, y sobre todo, a aquello que aspira a *entrar* en ella. Ese tipo de libro que es carne de

seminario, escrito para recibir los parabienes de los colegas y, con un poco de suerte, algún tipo de beca para investigación. El autor del volumen que ha dado pie a este artículo, Federico Campagna, se nos presenta, según todas las biografías que pueden encontrarse de él, como un activista anarquista, «filósofo y escritor independiente», como dice su página en la editorial Akal, y cofundador de una «plataforma multilingüe de pensamiento radical». Y sin embargo, el libro en sí parece escrito por el más convencional interino para usarlo como tesis con la que lograr la *tenure* en alguna universidad norteamericana de provincias. El autor utiliza muchas palabras como «ontología», «epistemología» o «hipostasis» y escribe frases como ésta: «Siendo la unidad referida al fenómeno de activación de una posición dentro de una serie, y la EGA (Entidad General Abstracta) percibida como históricamente dirigida a la experiencia existencial del mundo de la Técnica, la EGA como cuarta hipostasis cosmogónica define la apariencia de los patrones de activación en el mundo de la Técnica.» Sokal, sin duda, disfrutaría con esto.

4.– «Este es un libro para aquellos que yacen derrotados por la historia y por el presente». Así empieza el volumen, y es, ciertamente, una declaración de intenciones. «En años previos había creído que el catálogo de atrocidades de nuestro tiempo reclamaba una forma de intervención que fuera quintaesencialmente política (...) Entonces, el desarrollo de los acontecimientos y la aparente imposibilidad de poner fin tanto a la desintegración de aquellas instituciones que habían impedido el regreso de las recientes atrocidades como al camino abiertamente suicida del desastre ecológico, empezó a infundirme una duda. De algún modo parecía como si el registro de lo posible se hubiera encogido dramáticamente, y que nuestra capacidad para actuar de forma diferente, e incluso de imaginar de maneras distintas a la ya inscrita en el presente, había sido reprimida de una vez y para siempre.» El autor, como muchos otros provenientes del adanismo activista a la mode, acaba de descubrir que su ingenuidad política no vale para nada. Nuestras vidas, dice, han sido «colonizadas bio políticamente por la Técnica» (entendido este término a la manera de Jünger) y eso nos impide formular soluciones a los problemas del mundo. Pero, ¡regocijémonos!, frente a esta coyuntura aparece una alternativa: La «Magia», como lenguaje paralelo y «terapéutico», que nos permitiría salir del bloqueo.

Sin considerar siquiera la irritante manía de ciertos intelectuales de pensar que lo que les pasa *a ellos* es lo que nos pasa *a todos los demás*, el

libro hace aguas por todas partes. De entrada, la oposición entre Técnica y Magia es cuestionable, y la afirmación de que una «representa el espíritu de una fuerza del Norte» y la otra «pertenece al área del Mediterráneo» responde a los tópicos más manidos. Si de lo que se trata es de ponerse estupendo con el lenguaje podríamos empezar diciendo que la magia, como escribe René Guenon, autor que Campagna menciona a menudo pero al que no parece haber entendido, «pertenece al dominio de la ciencia y, más precisamente, de la ciencia experimental»<sup>2</sup>. Es decir, se trata de una técnica o de una serie de ellas, y por tanto, no constituye per se alternativa a nada porque no es una idea, ni mucho menos una cosmogonía. Si algo se opone de verdad al universo estéril de la Técnica es eso que Aldous Huxley denominaba la filosofía perenne, y que se conoce también como la Tradición, donde la magia ocupa un espacio «muy de orden inferior», como ha aclarado el propio Guenon. Quienes han elegido articular su vida y sus reflexiones en torno a la Tradición no hablan de sí mismos como «magos» ni de su trabajo como «mágico». Por el contrario, se refieren a él como Ciencia y como Arte indistintamente, lo cual, de por sí, ya es una buena pista, si es que uno quiere empezar a entender algo de esto. La idea, por tanto, de que existe un «pensamiento mágico» (Es decir, opuesto al «racional») es inválida como punto de partida. El concepto en sí fue formulado por la generación de Frazer y retomado luego por antropólogos como Levy-Bruhl o Levi-Strauss, y proviene de un prejuicio: aquél según el cual el «salvaje» piensa de una forma diferente, por definición, a la racionalidad «civilizada». Pero no existen los «salvajes», ni han existido nunca. Toda sociedad humana es compleja e inteligente, aunque unas difieran de otras. Por lo demás, los miembros de las sociedades tribales son tan «racionales» como cualquiera de nosotros en sus vidas cotidianas. Incluso en nuestro propio mundo «civilizado y moderno», la idea de que lo mágico va unido a lo irracional o lo contra racional se demuestra como falsa: ¡Nadie más racional que el propio Guenon!

Lo que Campagna tampoco entiende es que tanto la Tradición como la magia son cosas eminentemente prácticas, no ideas sobre las que debatir. Y así, como buen intelectual, lo que hace es colocar sobre la mesa de disección todas las lecturas que ha efectuado, haciéndoles la autopsia y rescatando términos o conceptos que le vienen bien para componer una tesis decidida de antemano. La hiper estructuración del libro es otro rasgo academicista: introducción, definiciones, cinco «hipostasis» en un

lado, cinco en el otro, conclusiones, casi como si hubiera dejado a punto el temario para clase. Tentado por el exotismo y dejándose llevar por esa idea ya citada de que la magia es mediterránea, elige sobre todo fuentes y terminologías orientalizantes (Lo cual es absurdo geográficamente, pero como él mismo justifica enseguida: «Mi Mediterráneo es un lugar de la imaginación más que un producto de la cartografía»). Pero la Tradición es justo lo opuesto del exotismo: darse cuenta de que todo no es más que una sola cosa (Guenon, una vez más: «La doctrina de la Unidad, es decir, la afirmación de que el Principio de toda existencia es esencialmente Uno, es un punto fundamental común a todas las Tradiciones ortodoxas.»<sup>3</sup>)

Tiene uno la impresión de que Campagna, anarquista decepcionado, busca restaurar su fe política a través de una comprensión forzada de lo «mágico». De hecho habla literalmente de la magia como «una forma particular de anarquía». Si esto es así, debería haberse centrado en la Magia del Caos, que va desde Osman Spare hasta Grant Morrison, pero quizá pensó que estas cosas iban a ser demasiado para su tribunal de oposiciones...

Al final, lo más grave es su incapacidad para entender que, si con algo tiene que ver el lenguaje de la magia, es con la belleza. La magia, como bien entendió Robert Graves, es territorio de la Poesía, no de los plomizos Estudios Culturales. Dado que el mundo de lo trascendente es, por definición, inefable, sólo los rebotes del lenguaje simbólico permiten acercarnos a él (y acercarse *no es describir*). Por eso el autor se ve obligado todo el tiempo a decir: el término tal o cual no significa lo que habitualmente pensamos, o a preguntar ¿qué es lo inefable?, ¿qué es la realidad?, ¿qué es la magia?, sin responder a sus propias preguntas más que con retórica y *namedropping*.

Todo el mundo ha oído hablar alguna vez del final del *Tractatus* de Wittgenstein (uno de los grandes libros *mágicos* y *científicos* del siglo XX): «De lo que no se puede hablar hay que callar». Menos conocido es el hecho de que cuando el filósofo presentó su obra ante el tribunal de doctorado de Cambridge (Bertrand Russell y George Edward Moore, nada

menos) les dijo: «No se preocupen. Sé que jamás lo entenderán». Luego les dio una leve palmadita en el hombro y se marchó.

Ignacio García May

## NOTAS

- <sup>1</sup> Por comodidad, tomo estos títulos de la página en inglés de Wikipedia sobre Esoterismo Occidental, pero basta con echar un vistazo a los catálogos de las diversas editoriales para encontrarse con muchos más.
- <sup>2</sup> En la Introducción general al estudio de las doctrinas hindúes.
- <sup>3</sup> Et Tawhid, para *Le voile d'Isois*, julio 1930

